



XIV

Nociones sobre la historia del Japon.—Historia Antigua.—La teo-dinastía.—El Mikado.—La nobleza y el poder militar.—Yoritomo.—El Taikun.—Dos gobiernos.—Los Ho-yó.—Los Ashi-Kaga.—Guerras civiles.—Siglo XVI.—El Cristianismo y el comercio.—Los Toku-Gawa.—Tres siglos de paz.—Estado social del Japon en el presente siglo.



I Japon, como casi todas las grandes nacinalidades de Oriente, conserva antiquísimas tradiciones en que están confundidas su cosmogonía, sus ideas religiosas y su historia. No es todavía posible para los pueblos de Occidente conocer con suficiente certidumbre, ni siquiera el período puramente histórico del «Imperio del Este ó Japon,» porque solo hasta estos últimos años han sido conocidos y traducidos algunos de los pocos documentos de la historia de este singular país; y es seguro que ni sus mismos sabios han podido ó podrán reconstruir la antigüedad histórica que pretenden y se remonta, segun ellos, á ocho mil años antes de nuestra era.

Las nociones mas positivas, las fechas, los personajes, los acontecimientos, no suben mas allá del año 660 antes de Jesucristo, sin constituir, sin embargo, una historia completa y continua del Japon. Por fortuna no

es presimible que la historia antigua de este pueblo sea bastante fecunda en acontecimientos notables, ni que preste bastante interes para su movimiento actual ó para enlazarla con la historia de los demas pueblos de la tierra, á causa de dos hechos característicos y fisionómicos de su evolucion hasta mediados del presente siglo: su aislamiento y la lentitud secular de su progreso.

Segun los anales históricos á que los japoneses dan mayor crédito, el fundador de la actual dinastía reinante fué Dgin-mu-ten-no, que ocupó el trono el año 660 antes de la era cristiana. ¿De dónde provino este personage que, único en la historia del mundo, fundó una dinastía que ha durado mas de 2500 años, en una sucesion no interrumpida de 123 emperadores? Aquí hallamos en la cosmogonia japonesa el siguiente origen divino de sus soberanos.

Al principio el cielo y la tierra estaban confundidos en el caos, en la materia que, en forma de un huevo, se agitaba en grandes oleages como el mar embravecido. En este movimiento, todo lo puro y transparente se separó para formar el cielo, y lo demás se condensó produciendo la tierra. En medio de uno y otro elemento se formó un ser divino; fué el primer dios. Despues surjieron otros, hasta siete, tres de los cuales, teniendo compañeras del otro sexo, se reproducian por la contemplacion; entonces comienza la generacion de los dioses que reinaban millones de años. Al fin aparece el dios Isanagui-no-Mikoto y la diosa Isanami-no-Mikoto, que se dignaban dirigir sus miradas á la tierra, y amarse y reproducirse de un modo mas humano. Bajan á una isla que ellos mismos hacen surgir del seno de las aguas, y se dirigen, el uno hacia la derecha y la otra hacia la izquierda. Despues, volviéndose á encontrar en el centro, la diosa, el espíritu femenino, toma la iniciativa: «¡Qué feliz soy,» dice, «en hallar un jóven tan hermoso!» El espíritu masculino se disgusta y replica: «Soy varon y debo hablar primero.

¿Por qué tú, que eres hembra, te atreves á comenzar?» y separándose se retiran en direcciones opuestas; pero al fin vuelven á encontrarse y el espíritu varon, dice con voz enamorada: «¡Qué feliz soy en hallar una hembra tan joven y tan bella!» El arte de amar quedó así inventado.

Todo proviene entonces de esta union sexual, y se consuma la creacion terrestre; pero es necesario un ser para gobernar todo lo creado, é Isanami dá á luz á su hija, que por ser demasiado hermosa, la envian sus padres al cielo; esta hija es la diosa del sol. Nace la segunda hija, y aunque no tan hermosa, lo fué bastante para ser igualmente envidiada á otra region; esta hija es la diosa luna. Nace el tercer hijo, que no pudiendo todavía á los tres años estar en pié ó caminar, es creado dios de los mares. Nace el cuarto, el dios de las tempestades, quien por su carácter colérico y su espíritu intratable y destructor, alcanza la categoría de rey de los infiernos. Los dioses reproductores se retiran entonces á los cielos.

Pero la primera y mas hermosa hija de Isanami, la diosa del sol, no llegó sin duda al cielo con la alhaja de su virginidad; su vientre había dejado en la tierra una raza de semidioses; que hoy es una raza de hombres. Dgimmu, el fundador de la dinastía imperial, fué el primer representante *mortal* de esta raza; hé aquí el orígen divino de la casa régia mas antigua del mundo.

Esta teogonía japonesa y estos timbres celestes de sus soberanos, no son ni mas fantásticos ni mas arbitrarios que los que imaginaron los demas pueblos del globo. Tambien los hindous se explicaron la creacion, personificando las diversas fuerzas de la naturaleza, y dieron por orígen á sus castas la cabeza, el brazo y el pie del dios. Tambien los egipcios crearon una gerarquía de dioses para atribuirles la formacion del universo, y Osiris era el antecesor de sus monarcas. Tambien los griegos hicieron mover el caos para formar el mundo y remontar la genealogía de su selecta raza á repetidas

historias de amores entre los hombres y divinidades. Tambien el fundador de Roma fué hijo directo de un dios; y tambien en la creacion judáica el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas, la division y subdivision de éstas formaron el firmamento y la tierra, cuyo rey fué creado por la mano de su Dios, y á imágen y semejanza suya. La cosmogonía japonesa no podia llegar á otro resultado en la explicacion de un problema, que notoriamente no está al alcance de nuestros medios de investigacion.

Probablemente Dgin-mu fué el primer guerrero que culminó bastante en su nacion para ser considerado como el fundador de un Imperio, legando su nombre á la posteridad. Si este jefe vino del continente asiático como conquistador, ó sí, natural del archipiélago, se sobrepuso por las armas á las demas tribus que lo poblaban, es cosa difícil de investigar, y que pierde su importancia ante el hecho mejor averiguado y mas interesante de que estableció su dominacion sobre la mayor parte de los pobladores de aquellas islas, fundando un Estado que tiene su historia propia continuada hasta los tiempos presentes. Parece fuerza de duda que los habitantes del Japon participan de la raza china, de la mongola y de la malaya; y existen aun entre ellos restos regenerados de antiguos pobladores. Esto reduce la historia antigua del Japon al mismo tipo de la historia antigua de todas las naciones de los cuatro grandes continentes: un pueblo primitivo cuya procedencia no se conserva ni en la mas remota tradicion, y que ha dado motivo á dado idea de la autoctonía; inmigraciones sucesivas que se han ido superponiendo, ya mezclándose con las razas existentes ó ya abatiéndolas hasta su destrucción; dominio mas ó menos duradero de los recien llegados, para ceder despues el lugar á los nuevos; advenimiento final de una raza y de un estado de cosas bastante superiores y fuertes para mantener hasta el tiempo presente la identidad y la estabilidad de la nacion.

Los sucesores de Dgin-mu-ten-no se ocuparon en ensanchar los límites del Imperio y en alcanzar la unificación nacional. En los primeros siglos la capital del Imperio cambió hasta treinta veces, lo cual representa, sin duda, el movimiento á la vez militar y político de conquista y dominación del territorio. La historia de estos siglos está formada de la narración de estas campañas locales, y de las medidas de clasificación y organización de las provincias para consolidar la conquista. En el siglo segundo de nuestra era el Imperio está ya bastante fuerte, y Dgin-go-Kogó, la Emperatriz regente, se lanza á la conquista de Corea, que realiza, agregándola á sus dominios.

En el siglo siguiente comienzan á ser conocidos en el Japón los libros de Confucio, acontecimiento notable, porque hasta hoy la religión, la filosofía y la literatura china son para los japoneses lo que la religión, la filosofía y la literatura de Grecia y Roma han sido para el mundo occidental.

Durante el siglo VI llega al Japón la religión de Budha por conducto de los coreos, y no se aclimata sin que preceda una guerra religiosa. Este acontecimiento no es diferente de muchos de la historia europea.

En el siglo VII el Japón entra ya en relaciones regulares con China, á donde envía una embajada, y la administración interior se perfecciona, organizándose las provincias y enviándoseles gobernadores. Un siglo después la capital queda definitivamente establecida en Kioto, ciudad céntrica en la grande isla de Nipón, y destinada á conservar su categoría durante once siglos, pues solo hasta hace ocho años ha cedido su preeminencia á Yedo ó Tókio.

Durante todo este tiempo, y hasta el siglo XII, la autoridad del monarca era exclusiva y absoluta; jefe militar, político y religioso á la vez, todo provenía de él y todo le estaba sometido; su procedencia divina impri-

mia á su persona y á sus actos el carácter de sagrados; toda la propiedad territorial era suya, y él la cedia como gracia á sus vasallos; «el hijo del sol» era la ley, la voluntad, el sentimiento de la nacion. Llegó á ser invisible para sus súbditos, porque era un sacrilegio mirar á la divinidad; pronunciar su nombre propio era una profanacion; y solo se le designaba en fórmula ó alegoría: *Ten-no*, el celeste; *Dáiri*, el palacio imperial; *Mikado*, la honorable puerta. En esa palabra, el religioso respeto al monarca y su origen divino, debian ser durante una larga serie de siglos, el principio fundamental de la política, de la fé, de la actividad y de la civilizacion japonesas.

Pero al derredor de este trono onnipotente debian formarse y se formaban la aristocracia civil y la aristocracia militar, la nobleza de palacio y la nobleza territorial. Una rodeaba al monarca, intrigaba y adquiria influencia sobre él; otra gobernaba las provincias, se revestia de la aureola de las armas y se apoderaba de la tierra y de la espada. (*) De esta manera se formaba el valladar entre el Mikado y la nacion, y las clases privilegiadas comenzaban á participar del poder para monopolizarlo mas tarde.

La primera familia noble que se alzó á bastante altura para tomar la dirección de los negocios del Estado, fué la familia Fuyiwara, de la casa imperial, y por consiguiente de origen semi-divino, que llegó á gobernar á la vez al soberano, á la nobleza y al pueblo. Mantenia su poder y su influencia dando de su seno las esposas del Mikado, repartiendo entre sus miembros todos los empleos y dignidades, y haciendo hereditario para ella el cargo de Regente del Imperio en todas las eventualidades.

(*) Ya en siglo VII; y despues en el VIII, la nobleza aparece dividida, primero en 12 y mas tarde en 26 grados ó órdenes. El pueblo, á su vez, fué clasificado en soldados paisanos.

Pero con la posesion prolongada del poder sobrevino la corrupcion y la decadencia. «La familia Fujiwara,» dice Ray Sanyo, el historiador japones, «solo se ocupaba en mejorar su situacion propia, y no tomaba ningun interes en el bienestar del Estado. A la hora del combate preferia permanecer en la Corte, aspirando la adulacion. ¿Es de sentirse que surjieran las guerras civiles que la derribaron, no quedando tras ellas sino un nombre vano?»

La molicie de la familia dominante no le permite ponerse al frente de las empresas militares. En caso de guerra, se conferia el mando del ejército á los miembros de otras familias que se conservaban el espíritu guerrero. Las principales de éstas eran la Táira y los Minamoto, que elejidos siempre para conducir los ejércitos, iban adquiriendo el poder efectivo, formaron una sucesion de héroes y estaban así destinados á suplantar á sus protectores los Fuyiwara.

Así sucedió en el siglo XII. Los Táira y los Minamoto eran ya bastante poderosos para pasar de subordinados á gobernantes. Ambas familias representaban los feudos mas importantes del Imperio, porque ademas de sus elementos propios, eran los gefes de los demas nobles ó dáimos que, con los pequeños castellanos de la Edad Media en Europa, se habian constituido en soldados de profesion, y se adhieren á uno ú otro de los dos grandes feudatarios. La Corte era impotente contra el poder militar; en vano prohibió á los nobles y guerreros que entrasen al servicio de los Minamoto ó de los Táira; era necesario esperar á que estas dos familias, rivales ya, libraran entre ellas la batalla por la supremacia.

En medio de estas vicisitudes y de esas luchas, la autoridad nominal de Mikado permanecia intacta y sagrada; nadie se atrevia á pensar que pudieran desaparecer; todo se mandaba en su nombre, y todos los

partidos le aclamaban como su rey-dios. (*) ¿De qué mas podian despojarle? Inmóvil en su Palacio de las *Nueve Puertas*, donde recibia culto de divinidad y ofrendas de placeres, era como el ídolo en el templo, tan impotente como adorado.

El año de 1160, Táira-no-Kiyomori y Minamoto-no-Yoritomo, vinieron á las manos ¿Por quien habia de quedar el predominio? La fortuna favoreció á Kiyomori, y él y su familia subieron á los mas altos puestos. Kiyomori fué creado «gran Ministro del gran Gobierno,» y fué el verdadero soberano. Su hija Tokuko entró al tálamo imperial en calidad de *niogo*, primera concubina, y despues en calidad de *chiugo*, segunda espesa. El nepotismo de los Táira siguió al nepotismo de los Fuyiwara; la familia Minamoto fué perseguida y casi anonadada; pero, como ha sucedido repetidas veces en estas luchas de supremacía personal, un vástago de la casa de Minamoto, el jóven Yoritomo, al traves de novelescas aventuras, habia salvado su persona y las pretensiones de su raza.

Yoritomo sostuvo la guerra, con mas ó menos vicisitudes, contra sus triunfantes enemigos. Kiyomori y sus dos sucesores no pudieron borrar ese punto negro de su horizonte. A la muerte de este caudillo, que acaeció 20 años despues de su victoria, ese punto negro era ya una tempestad desencadenada, y Kiyomori en su lecho de muerte, conservando su ambicion para su familia y su odio á la rival, mas bien que ritos religiosos y honores fúnebres, pidió como mejor ofrenda que se colocase la cabeza de Yoritomo sobre su tumba.

(*) Solo se tenia cuidado de que no tuviera ningun poder efectivo. En el curso de todo el siglo XII reinaban siete Mikados, la mayor parte de ellos de tres, cuatro ó seis años de edad, é incapaces, por lo mismo, de aspirar al poder verdadero. Una abdicacion oportuna en favor del sucesor legítimo, alejaba todo el peligro de donde el monarca pretendiese reasumir la autoridad; tal era el procedimiento empleado por la Corte para mantener la suya, respetando siempre el principio teo-dinástico.

Los deseos del moribundo no debian, sin embargo, realizarse. En el año siguiente, 1182, Yoritomo entra ba triunfante á la capital de Kioto. La Táira, que habian huido llevándose consigo al Mikado, niño de cinco años fueron exterminados en las batallas y en los patíbulos; el sagrado niño que les servia de bandera, perecio ahogado en la batalla naval de Dan-no-ura, y allí acabó para siempre la dominacion de aquella familia.

El sucesor imperial fué colocado en el trono; Yoritomo alcanzó la categoría de *Shogun*, General en Gefe, y establecio su residencia en Kamakura, desde donde gobernó realmente el Imperio. Obtubo del Mikado que sus parientes fuesen nombrados gobernadores de las provincias; repartió los empleos entre sus familias y sus adictos; establecio impuestos y organizó ejércitos para consolidar el poder; y aunque todos sus actos eran á nombre y con la aprobacion del Emperador, esta aprobacion se obtiene siempre, y Yoritomo habia fundado realmente, en beneficio suyo, una administracion feudal militar.

Con la elevacion de Yoritomo, quedó definitivamente establecida y consolidada en el Japon la singular organizacion política que ha subsistido en aquel país durante mas de 600 años, y que no debia terminar sino en este siglo de reforma universal y bajo la influencia del contacto y civilizacion occidentales.

Ya se ha visto que desde el tiempo del predominio de los Fuyiwara, la autoridad de Mikado era solo nominal. La Corte y los grandes feudatarios, dominando al monarca, ejercian el poder efectivo; pero el «hijo del sol,» aunque nulificado, era el único jefe oficial y reconocido por la nacion, así como la capital Kioto era la única fuente del mando supremo.

Con Yoritomo, la separacion de los poderes adquirió una solidez, una precision, una forma casi legal, una fuerza de tal naturaleza, que con razon los histo-

riadores japoneses hacen datar de esa época lo que llaman fundamentalmente la usurpación de los Shogun ó de los *Taikun*.

El Japón tuvo dos soberanos, dos gobiernos, dos capitales. En Kioto el soberano sagrado y virtual, el Mikado; en Kamakura el soberano temporal y efectivo, el Taikun. En Kioto una Corte de nobles ociosos é imponentes; en Kamakura la aristocracia de la acción, de la espada, del mando. En Kioto la legalidad, los honores, la paz; En Kamakura la usurpación y los sinsabores del gobierno, pero con los feudos y los provechos. En lo de adelante, la historia del Japón es la historia del Gobierno del Taikun, y solo la cronología sigue el hilo dinástico de sus Mikados.

Yoritomo disfrutó quince años de su obra. Había dominado la anarquía y creado un poder fuerte como se llega siempre á necesitar en los países donde el feudalismo alza demasiado sus cien cabezas. A la administración lenta, formalista y píta de Kioto, había sustituido una administración más práctica y más en contacto con las diversas clases sociales. La nación tenía un jefe visible, y este jefe era considerado más como un delegado que como un usurpador. Esta transformación envolvía, sin duda, un progreso en las funciones políticas del Gobierno semidivino, ¿por qué no lo realizó entonces el mismo Mikado, como lo ha hecho tan liberal e inteligentemente siete siglos más tarde?

A la muerte de Yoritomo en 1199, le sucedió en la dignidad de Taikun su hijo Yori-Iyé, y después de éste, su otro hijo Sem-Man, de 18 años el primero y de 12 el segundo cuando subieron al poder. Pero sea por su corta edad, ó porque no heredaron el talento y la energía de su padre, se entregaron á los placeres y á la inacción, cayendo realmente el Gobierno en manos de Toki-Masa, la mujer de este último. Yori-Iyé se vió obligado á abdicar, «cortándose el cabello y retirándose a un monasterio,»

como lo hicieron tantos reyes de la Edad Media en Europa, y Sem-Man fué asesinado por su sobrino Ku-Yió, un sacerdote.

Entonces comenzó á suceder en la Corte de Kamakura lo que había pasado y pasaba en la de Kioto. El Taikun era una nulidad, y la familia Ho-yó ejercía el poder, manteniendo en el puesto de Taikun á algun niño de pocos años, que pedía á la Casa Imperial para esta dignidad, y al que disponía ó hacia abdicar cuando podía ser un jóven peligroso. Así se verificó repetidas veces durante el siglo, y la familia Ho-yó se hizo bastante fuerte para resistir y vencer al Mikado, Go-Toba que pretendió reconquistar su autoridad, para rechazar á los mongoles que invadieron el Japon en 1281, y para sostener una larga guerra contra el Mikado Go-Daigo que, habiendo ascendido al trono en 1319, se propuso combatir hasta destronarla á una familia que, «vasalla del Taikun, vasallo del Emperador,» se había sobrepuerto á uno y otro hasta disponer á su antojo de ambos tronos.

En 1333 los Ho-yó desaparecieron de la escena política, y Ashi-Kaga Taka-Uyi, que había ayudado en su empresa al Mikado Go-Daigo, convirtió en provecho suyo el resultado obtenido, y se alzó á la categoría de Taikun.

Ashi-Kaga gobernó 20 años y fué el fundador de una dinastía de Taikunes que duró mas de 200 años, pues el último de la raza fué depuesto en la segunda mitad del siglo XVI (1574), época notable en los anales del Japon, porque en ella tuvieron lugar las primeras relaciones de este pueblo con los europeos.

El período de la dinastía Ashi-Kaga es poco conocido, y quizá poco interesante. Se sabe que surjieron constantes guerras civiles, que debilitaron notablemente el poder del Taikun y acrecentaron el de los daimios ó señores feudales. La mas notable de ellas es, sin duda,



Vista del Fusi-yama

la que ocupó toda la segunda mitad del siglo XIV, por haber producido la division transitoria del Imperio entre los Mikados, ambos de la dinastía divina, pero que, con inconciliables pretensiones humanas, se apoderaron, uno de la parte Sur y otro de la parte Norte del territorio. Ni ellos, ni el Taikun pudieron en mucho tiempo sobreponerse á los partidos y á los feudos en que estaba dividida la nacion. Al fin, por la influencia y mediacion de los Ashi-Kaha, los dos pretendientes á un arreglo, conveniendo en que ambos y sus descendencias ocuparian alternativamente el trono de Kioto; y se vió entonces al Mikado del Sur venir á esta capital á rendirse al Mikado del Norte. Una transaccion como esta, poco comun en los anales del mundo para terminar una guerra civil, da una idea favorable del buen juicio y docilidad de un pueblo, que mas tarde vemos presentarse ante la civilizacion europea, dando mas de un ejemplo de sencillez y mansedumbre.

En los últimos tiempos de la dinastía Ashi-Kaga, el Japon vió llegar á sus costas á los hombres de Occidente. En 1542 la tempestad arrojó á aquellas regiones tres navíos portugueses que hacian el comercio entre Europa y China. El Japon habia quedado así descubierto, y el espíritu mercantil no desperdició la ocasion de aprovechar aquel hallazgo. Tras el comercio, y con mas ánimo que el, vino la propaganda religiosa, ardiente entonces entre los cristianos que se desgarraban en Europa por la Reforma ó por el Papa. Los Jesuitas, que representaban la mas inteligente y decidida reaccion católica, se dirijeron al Japon con el mismo heroísmo con que habian abordado á la China.

El pueblo japones recibió con benevolencia y simpatía el comercio y la religion de los extranjeros. Varios puertos quedaron abiertos á los buques de Occidente, y millares de conversos recibieron el bautismo. Hubo en el Japon templos cristianos, hubo banderas mercantes

de otros pueblos, y los misioneros y los negociantes fraternizaron con el pueblo y aún se acercaron á la Corte. Algunos príncipes del Japón dieron una prueba de grande estimación á sus nuevas relaciones, enviando una embajada al Papa y á Felipe II de España, es decir, al Gefe de la cristiandad y al de la nacion marítima y mercantil mas poderosa de la época.

No se necesita investigar las causas de la buena acogida que los comerciantes portugueses hallaron en el Japón. El comercio se recomienda por sí solo haciendo patentes, hasta á las clases menos ilustradas de una sociedad, las ventajas, mas aún, la necesidad de esta especie de relaciones entre hombre y hombre, entre el pueblo y pueblo; pero ¿no presenta algo de singular el que una nacion que tiene ya sus creencias religiosas reciba sus opciones una nueva fé?

Los misioneros cristianos no llevaban al Japón ni el alfanje de Mahoma, ni la espada propagandista de Carlo-Magno, ni las fieras del Circo, ni las hogueras de los Domínicos, y sin embargo, débiles como eran, sin perseguir ni ser perseguidos, convirtieron á su fé cerca de 200000 naturales. Mientras la conducta de los propagandistas se limitó á las empresas religiosas. Su habilidad y su vida ejemplar les conquistaron hasta la protección de algunos potentados; y solo cuando su humildad se convirtió en arrogancia, solo cuando predicaron contra las leyes del país y cuando se mezclaron en sus asuntos políticos, la persecución se desató contra ellos y fueron expulsados por el Gobierno y martirizados por el pueblo fanático. Quedaba perdida la ocasión de convertir el Imperio del Este á las creencias y á la civilización occidentales.

Varias circunstancias favorecieron al principio la introducción del Cristianismo en el Japón. Coexistían allí tres religiones en recíproca tolerancia desde siglos atrás: la de Shinto, que adora los espíritus creadores y gobernantes del universo; la emanada de las doctrinas de

Confucio, cuya filosofía y cuya moral no se alejan mucho de las cristianas; el Budhismo, cuya teología y estructura tienen tanta analogía con la religion de Cristo. «Los japoneses,» dice Anquetil, «esperaban toda su felicidad, presente y venidera, del favor y méritos de sus dioses, que habian sufrido voluntariamente grandes y rigurosas mortificaciones para ser deificados. Los Jesuitas les anunciaban un Ser divino, que habia descendido del cielo para someterse á una muerte infamante y dolorosa, y salvar á los que creyeran él. Los japoneses canonizaban á los que, por disgusto de esta vida, se habian sacrificado á sí mismos, y celebraban su memoria, solicitando su intercesion. Los Jesuitas glorifican, con mas justo título, á los millares de mártires de la iglesia primitiva, cuya constancia heróica los hacia mas dignos de tan alto honor, y de contribuir por su intercesion á la felicidad de los hombres. Ademas, notable semejanza entre los ritos católicos y los japoneses, imágenes, incienso, religiosos y religiosas, celibato, rosarios, procesiones, oraciones por los muertos, confesiones y otras muchas cosas que practicaban unos y otros.»

Cuando los misioneros cristianos llegaron al Japon, el pueblo se hallaba abatido y miserable por las frecuentes guerras civiles de que era víctima, ¿cómo no recibir bien una religion que promete la felicidad eterna á los perseguidos en la tierra?

Con el Cristianismo venia el comercio. Algunos de los daimos que gobernaban y explotaban las provincias, protegieron al primero por el interes de proteger al segundo que les daba grandes beneficios.

Por último, la nueva religion llegó en momentos oportunos para servir de arma para combatir al Budhismo, cuyos sacerdotes habian aglomerado grandes riquezas y pretendian extender la mano hasta el poder.

Nobu-Naga, jefe militar que se había distinguido en las últimas guerras civiles, derrocó al Taikun

ó Shogun, último de los Ashi-Kaga, y usurpó el poder supremo. Una de sus empresas fué la de abatir el predominio de los *bonzos*, ó sacerdotes de Budha, que protegiendo á los insurrectos segun sus intereses, fomentaban la guerra civil. La espada triunfante de Nobu-Naga y su protección al Cristianismo le sirvieron de instrumentos; mas de 500 templos budhistas fueron destruidos y todos sus *bonzos* pasados á cuchillo. ¡Grande infortunio para el Japon haber entrado á la fatal pendiente de las sangrientas guerras religiosas! El santo Francisco Javier, nuestro compatriota el beato Felipe de Jesus y sus heróicos compañeros, ¿no presintieron su propio porvenir en esta matanza de sacerdotes?

Ni Nobu-Naga ni sus sucesor Tai-Kó se dieron el título de Shogun. Durante 30 años no hubo esta dignidad en el Japon; pero sin aquel nombre, tanto Nobu-Naga como Tai-Kó ejercieron de hecho el poder que ejercia el Taikun. El Mikado seguia en Kioto, sagrado y nulo.

Tai-Kó, quizá por sus ideas privadas, pero alejando motivos políticos, comenzó la persecución de los Jesuitas y con ella la guerra al Cristianismo. Los misioneros católicos fueron acusados de hostilizar las leyes del Japon, de destruir los templos de sus dioses y de hacer arrogante alarde de su creciente influencia. La primera medida de Tai-Kó fué decretar la expulsión de los Jesuitas y de los Franciscanos; pero ¿cuando se ha detenido aquí una persecución religiosa? Excitando el fanatismo del pueblo, los misioneros cristianos y sus conversos sufrieron la deportación, la tortura y la crucifixión. El celo religioso de unos y otros resistió algún tiempo; al fin sucumbieron y el Cristianismo perdió sus conquistas en el Japon. (*)

(*) Se calcula que, solo en el año de 1637, fueron 30000 los cristianos japoneses que perecieron víctimas de la matanza que tuvo lugar en el Sur del Imperio. A pesar de esta terrible persecución, parece que se conservaron algunos restos del Cristianismo en las inmediaciones de Nagasaki, aunque notoriamente de una manera oculta.

Entretanto, se había restablecido el Taikunado. Toku-Gawa-Iyé-Yaso, guerrero que se había formado al lado de Tai-Kó, heredó el poder y la influencia de éste, y victorioso en todo el Imperio, fué nombrado Shogun en 1603. Se estableció en Yedo, fundando así la ciudad que tres siglos mas tarde debía ser la capital del Japón, y fué el jefe de una dinastía que no debía desaparecer sino en el presente siglo, cuando bajo la influencia de la poderosa civilización moderna, llevada á aquellas regiones por los pueblos mas potentes de la tierra, había de efectuarse en el Japón la mas radical, la mas rápida, la mas trascendente revolución política, social é internacional de que un pueblo puede ofrecer ejemplo.

Yyé-Yaso y sus primeros sucesores consumaron la expulsión del Cristianismo, y mataron el naciente comercio europeo; los extranjeros fueron desterrados, y solo se permitió á los holandeses un establecimiento en una pequeña isla inmediata á la costa; se prohibió á los japoneses salir del territorio del Imperio, y se dió el caso de que una embajada portuguesa fuese ejecutada en Nagasaki. Cerrado el país á toda relación internacional europea, triunfantes Shinto y Budha, omnipoente el Taikun, en su apogeo el feudalismo, el Japón tomaba su antigua actitud en los monumentos ¡notable contraste! en que la Europa se desparramaba por el globo, en que transaba sus contiendas religiosas, en que triunfantes los tronos y los pueblos sobre los señores feudales, rompián con el pasado y preparaban todos los progresos de la historia moderna.

Tal vez la transmisión de ciertas ideas y aún de ciertas prácticas pertenecientes al Cristianismo, explique un hecho que me llamó mucho la atención y fué el de hallar algunas palabras españolas, como *pan*, *capa* y *nño*, usadas por los japoneses desde hace mucho tiempo con el mismo significado que en español. Y creo que puede ser aquél su origen, porque emplean la palabra *nño* para designar las pinturas ó estatuas que representan á la infancia, más bien que para aplicarla á un ser viviente de corta edad, pues para este último objeto tienen otra voz. ¿No es presumible que esto provenga de haber aprendido á designar con ese nombre al Niño-Dios representado en estampas ó en estatuas por los misioneros españoles en los libros y en los templos católicos?

Pero á pesar de esta política retrógrada, la dinastía de Iyé-Yaso alcanzó una gloria de gran precio, digna de ser envidiada por los gobernantes, reyes ó republicanos: ¡mantener durante tres siglos la paz en la nacion!

Si esta paz hubiera sido infructuosa, si al cabo de ella se hubiera hallado al pueblo corrompido y miserable, desmoralizado é incapaz de recibir las luces de la civilizacion occidental, esta tranquilidad hubiera sido la paz infecunda de la tiranía que lleva consigo el gérmen de la disolucion; pero ¿cómo encontró Europa al Japon el año de 1853, cuando reanudó con esta nacion sus relaciones, rotas hacia 300 años? Cultivado todo el suelo, próspera la industria, respetada la autoridad y la leyes, hábitos y espíritu de órden en el pueblo todo, y una admirable preparacion para asimilarse la cultura de Occidente, no obstante toda su deslumbradora novedad y el conjunto de condiciones intelectuales y morales que ella exige. La paz que da estos frutos es porque ha sembrado con profusion muchos gérmenes de progreso.

Consideraciones muy sencillas explican el estado favorable del pueblo japones al resucitar, ó mejor dicho, al nacer á la vida internacional. Primeramente, la sencillez y benevolencia que parecen características en aquella raza; despues, el hábito secular del trabajo, que todo lo moraliza, que todo lo hace fecundo y benéfico; por ultimo, su educacion política basada en las ideas de órden y subordinacion, sin las cuales no puede existir ninguna sociedad. Con estos elementos, el pueblo japones pudo continuar su vida social y realizar sus progresos, á pesar de que careció de relaciones exteriores que los hubieran acelerado.

La dinastía de los Toku-Gawa fundada por Iyé-Yaso, dió una serie de quince Taikunes en un período de 265 años; pero con excepcion del fundador y de su nieto Iyé-Mitso, no hubo en ella otro hombre prominente. Se repitió en Yedo lo que había pasado en Kioto y

en Kamakura: gobernaba el círculo de personajes que conseguía apoderarse de los altos cargos, y el Shogun solo daba su nombre y su legalidad. Sucedió á veces que aquellos mismos personajes eran á su vez gobernados por subordinados suyos, y la administracion caia realmente en manos del mas hábil ó del mas intrigante. Lo mismo pasaba en las pequeñas Cortes de los dáimios ó nobles: el portador del título era por lo comun una nulidad, y sus consejeros, mayordomos ó chambelanes hacian y deshacian en todos los negocios del feudo. Es tan constante este hecho de la nulificación del Mikado, del Taikun y de los Príncipes, que puede decirse que era la política tradicional de los que, sin poder alcanzar estas dignidades, querian tomar parte en la cosa pública. El procedimiento consistia en sumir al personaje en los placeres y en la inaccion, sustraerlo al contacto social so pretexto de que no se vulgarizase su sagrada persona, y con este sistema pronto se recojia como fruto la indolenzia, muchas veces la imbecilidad. No es posible aprobar este sistema corruptor; pero el poder hereditario enerva, y en el Japon era sagrado el poder hereditario. El resultado práctico de tales manejos fué, sin embargo, el que gobernasen los mas inteligentes, sin derrocar a la autoridad y respetando siempre el fundamental principio teo-dinástico. ¿Hubieran probado mejor los pronunciamientos y las revueltas?

Todo el período que transcurrió desde la culminacion de los Toku-Gawa en el año de 1600, hasta la abdicacion del último de ellos en 1867, despues de la llegada de los europeos, la Corte de Yedo gobernó el Japon. En toda esta época subsistió el feudalismo, pero tan dominado por el Shogun, que todos los dáimios tenian el deber de residir una parte del año en la Corte de aquél, y cuando se les permitia ir á sus dominios dejaban á sus familias como rehenes de su fidelidad y sumision. Ro-deaban y apoyaban al Taikum los *hatamoto*, clase militar

y civil á la vez, que se habian formado de los restos de antiguas familias y de los idivíduos que habian conseguido crearse una posicion en Yedo, haciendo las mas veces hereditarios en sus casas los cargos militares, los de gobernadores de las ciudades y los empleos de la administracion y de la Corte. Seguian á estos los *samurai*, clase exclusivamente militar y ociosa, portadores de dos espadas, súbditos de los diversos daímios, mantenidos por estos en la holganza, y que obedeciendo ciegamente á sus señores, estaban dispuestos á sostener la autoridad del Shogun ó á conspirar contra ella, segun que el cuerpo feudal se sometia en Yedo ó intrigaba en Kioto para procurar la restauracion del poder del Mikado. Abajo de estas clases privilegiadas, la gran masa del pueblo trabajaba en la agricultura, en la industria y en el comercio. El pueblo que trabaja quiere la paz; ¿no era este el mejor apoyo de la autoridad constituida?